

hombre o animal y allí se reúnen, sin orden, partes diversas de otras formas incompletas.

Todo eso suele tener una significación, un simbolismo. Un dibujo recogido por *Prinzhorn* en que se vé una cabeza humana, unos pájaros, un corzo y unos números se titula: «Cristo viene; los muertos se levantan». Y el mismo *Prinzhorn* refiere el caso de un enfermo que había compuesto un alfabeto de colores en que el color 2 o b—por ejemplo—era el bronceado, el 8 o h el heliotropo, el 15 o p púrpura, el 17 o r rosa; por lo demás, el rojo tenía que ver con Inglaterra, el naranja con Alemania y el rosa con Francia, y en otra interpretación más compleja, de base química, el blanco de la plata y la cal tenían que ver con la albúmina, los glóbulos blancos de la sangre, la luz de la luna y la raza aria, un paralelismo que desborda los límites de las sinestésias.

Muchos de esos rasgos no hacen sino traducir en el arte síntomas clínicos típicamente esquizofrénicos. La disgregación, que hiende a trechos la ilación del discurso esquizofrénico, de modo que una palabra o frase corta no tiene que ver con las que le preceden o la siguen, corta como a pico los temas del dibujo; la fusión de dos troncos o la mezcla de imágenes dispares se facilita por el proceso de condensación que reúne, en la esquizofrenia, dos palabras en una («compañol», me decía un Médico peruano esquizofrénico, por «compañero español»); la figura inacabada necesita más porque en el símbolo, de raíz mágica, cada una de las partes representa y tiene vida como la figura entera—al revés que el ídolo—por un desplazamiento de raíz afectiva, como ocurre cuando el enfermo que arde de amor se queja de la quemadura; y to-

